

inmortales salpicada de lágrimas tan brillantes como aquellas, ¿te acuerdas? que dejaba caer el rocío sobre las fragantes ramas y que se deslizaban por entre los dedos cuando cortábamos las rosas que tímida, muy tímidamente, íbamos á arrojar después por entre los barrotes de la cerrada ventana. . . .

¡Oh, los que con las galas de su ingenio han cubierto de flores los abrojos del camino de la existencia, bien merecen que con ellas adornémos sus tumbas! Cumplamos, pues, con esa piadosa tarea, recordando el conmovedor epitafio grabado sobre una de las lápidas de mármol del maravilloso cementerio de Génova:

“Sobre los que ya no son, no brotan flores cuando no son regadas por un honrado y amoroso llanto.”

* * *

Hemos concluído. Acallando la melancólica voz de los recuerdos, clavemos la mirada en la vasta extensión del horizonte: luz de gloria lo alumbra y ondas de sonora armonía se dilatan en él. Como en los coros de la tragedia antigua, á las voces graves y solemnes responden otras frescas y alegres: es el preludio del himno majestuoso cuyas vibrantes notas caerán como lluvia de estrellas sobre la frente coronada de lauros, de la *Patria*. . . .

Eduardo E. Zarate



CREPUSCULAR.

A

¡Adiós! pero no olvidés la boca que te besa,
La mano que te brinda la copa del placer;
No olvidés esta aurora que en broches de turquesa
Prendió los blancos velos de un triste amanecer.

La noche entre girones de negro terciopelo
Arrastra á lo infinito su pompa sideral,
Y rompe la alborada, como una flor del cielo,
Su broche de hojas de oro y estambres de cristal.

Venido de los valles, punzando nuestras sienas,
Dispersa el viento helado diamantes en la flor,
Y tú, hermosa y triste, como la aurora tienes
Los ojos empapados en lágrimas de amor.

Se alejan para siempre las horas venturosas,
Los últimos fantasmas de nuestro amor se van;
¡Levántate, alma mía! ¡Corónate de rosas!
Y entre ellas revolando su marcha detendrán.

Sacude tu indolente, tu tropical belleza
Caída entre mis brazos con laxa postración;
Mañana el hondo tedio, la íntima tristeza,
Ahora el encendido volcán de la pasión.

La lámpara ya exhausta se aviva de repente,
Y el cerco tembloroso palpita sin cesar:
Algunos parpadeos, algunos solamente,
Y vuelven las tinieblas su imperio á recobrar.

En estas tristes horas de amarga despedida
Avívase la llama del moribundo amor,
Sus cercos oscilantes alumbren nuestra vida,
Después. . . la eterna ausencia, la noche y el dolor!

Después las tristes brumas, las ráfagas que arrasan,
Y todos los recuerdos que sollozando están;

Como las blancas nubes las ilusiones pasan,
Las nuestras que pasaron ya nunca volverán.

La última nos queda temblando ruborosa,
Y batirá sus alas para jamás volver:
Es la colmena en busca de la encendida rosa
Debajo de las nieves que empiezan á caer.

La alumbren tus pupilas si ve tus ojos bellos;
Calientála si busca tu seno virginal;
Como un fístol se prenda temblando en tus cabellos,
Y en la urna de tu boca fabrique su panal.

Amor en nuestros labios se dé la bienvenida
Y cubra con sus alas tu virginal rubor;
Después de estas dulzuras del vaso de la vida
Hay heces que disuelven la perla del dolor.

Te llorarán mañana del camarín cerrado
Las flores prisioneras en vaso de cristal,
La lámpara dorada y el gárrulo teclado,
Tu luna de Venecia, tu espléndido sitial.

Poetas vagabundos los pájaros cantores
No te verán mañana de codos al balcón. . . .
No tiene el dulce idilio más páginas de amores,
Y la última nos deja de luto el corazón.

A orillas de los lagos las nieblas reclinadas
Ya borran y disipan su matinal capuz,
Y en dombos elegantes y cúpulas doradas
Refleja el sol naciente su esplendorosa luz.

¡Adiós! pero no olvidés la boca que te besa
La mano con que enjugo tu llanto de mujer;
No olvidés esta aurora que en broches de turquesa
Prendió los blancos velos del último placer!

(R.)

AGUSTÍN F. CUENCA.